

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

EL MOSQUITO DEL REY

(Conclusion.)

—Abuela, la otra noche nos prometió usted decirnos lo que le andaba á Herodes por detras de las orejas.

—Es verdad, hijos míos, y voy á cumplir la palabra. Sigamos nuestro cuento.

Recordareis que aquella noche nos dejamos al rey Herodes tendido en su cama muy tranquilo y satisfecho burlándose de las cosas de Dios que él llamaba *cuentos de vieja*. Orgullosos con su poder y sus riquezas, considerábase ya poco menos que omnipotente. —¡Que talento tengo!—decía para su capote; no se me presenta obstáculo que no venza mi *buen tacto político*. Verdad es que, cuando los magos vinieron con aquello del nacimiento del Mesias, me puse algo nervioso; pero así que el feo de los ojos de perdiz me explicó lo que era el *poder espiritual* me quedé tan tranquilo. ¡Claro!; ¿qué tengo yo que temer de las cosas del otro mundo? Tenga yo en este la sarten del mango, y lo demás me importa un comino.

—Abuela; ¿y para qué quería Herodes la sarten?

—Para freir su propia felicidad. Herodes, hijos míos, era un filósofo a estilo de los del día: de esos que creen que en ser el hombre fuerte, rico y poderoso, ya no necesita para nada á Dios. Así es que todos sus afanes y desvelos consistían en echar barriga, juntar dinero y asegurar sus influencias con el imperio romano. Conseguido esto, parecía ya que el mundo era suyo, y que nada tenía que temer. Ciertamente que podía morir y que había de llegar un día en que esto sucediese; pero ¿quién piensa en tal cosa hallándose en la flor de la juventud? Ciertamente que una mano alevosa podía arrebatárselo todo en un instante; más ¿para qué estaban sus guardias armados hasta los dientes? Muy cierto también que el imperio romano podía en un momento volverle la espalda y declarársele abiertamente hostil; mas ¿para qué servía su habil diplomacia, su oro y sus ejércitos? Por

lo tanto, aseguradas estas cosas ¿qué falta le hacía ya otro poder? —Á que desvelarme, decía él, pensando en ese cielo invisible del que las imaginaciones enfermizas de la gente piadosa hacen depender las cosas de por acá. Lo invisible es invisible, y lo que se toca cierto. Una talega nunca valdrá tanto como cuatro talegas, ni un mosquito podrá tanto como un elefante. Estoy pues por lo positivo: por las cuatro talegas, y por el elefante.

Esta era la filosofía de Herodes, y estos eran los cálculos en que cifraba sus esperanzas. Entreteniéndose con ellos, iba poco á poco quedándose dormido, cuando de repente tocaron á la puerta del gabinete, abrióse esta y presentóse á sus ojos un emisario lleno de regocijo, de polvo y de sudor.

—Señor, le dijo, vengo á daros una gran noticia. Vuestro ejército acaba de ganar una gran batalla donde han sido derrotados todos los enemigos de vuestro trono. Vuestra Magestad es ya en este momento el monarca más respetado y temido de la tierra, como lo demostrarán ahora mismo los trofeos de la victoria que, cargados en centenares de carros, y seguidos de miles de prisioneros, llegan en este instante á las puertas de Jerusalem.

Y diciendo esto oyóse un gran estrépito de carruajes y de voces que gritaban: ¡Victoria! ¡Victoria!, y que atronaban las calles de la ciudad.

El rey, azorado, dió un salto, se sentó en la cama y se restregó los ojos para asegurarse de que no soñaba.

Pero en aquel momento se presentó otro emisario.

Señor, le dijo; ¡albricias! ¡albricias! Vuestro riquísimo primo el gran Creso Tragapanes acaba de morir dejando heredero de toda su fortuna, que era la más grande del mundo. Vuestra Magestad es ya en este momento el monarca más rico de la tierra, y para prueba ahí está el convoy de caballos, camellos y elefantes, que, cargados de plata y oro, llegan en este momento á la plaza de palacio.

En esto oyéronse ya en la plaza los relinchos de las bestias que parecían

saludar también al rey, y tomar parte en el regocijo general.

Al recibir el rey aquel golpe de la fortuna fué tanta la impresión que tuvo que llevarse las manos al pecho para que no estallase de alegría.

Mas aun no había acabado de reponerse cuando ya se había presentado otro emisario haciéndole un saludo, pero tan profundo que en poco se rompió las narices en el pavimento.

—Señor, dijo doblándose hasta el suelo y quedándose allí pegado contra él en señal de respeto:—el emperador romano, el gran Tiberio Cesar, hallándose gravemente enfermo, ha decidido adoptaros para que le sucedais en el mando del imperio. Dentro de pocas horas seréis dueño de todo el mundo. En este instante llega á Jerusalem la embajada que os trae el gran anillo imperial.

La emoción del Tetrarca llegó á tanto que, no pudiendo expresarla, dió un grito que hizo temblar todas las vidrieras de palacio. Después, arrojándose de la cama en faldon, empezó á correr por la real estancia gritando como un loco: —¡Gloria, fortuna, poder; todo lo tengo ya! Soy el más grande de todos los hombres de la tierra: ¿quién como yo?

Efectivamente, en aquel momento la fortuna de Herodes había llegado á su colmo, pero la paciencia de Dios había llegado también.

—¡Hoiá!—dijo una voz allá en lo alto de los cielos:—Ángel de lo pequeño; espíritu de lo invisible; genio de lo más vil y despreciable de la tierra; baja y proporciona al *poderosísimo* Herodes una demostración práctica y experimental de lo que vale todo su poder. Busca el animalillo más insignificante de la creación, y dale el encargo de derribar el castillo de naipes con que su soberbia quiere escalar por la fuerza este cielo que solo se conquista por la inocencia ó la expiación.

Entonces de la letrina de palacio salió un mosquitillo tamaño como la punta de un alfiler, dirigióse al jardín, y empezó á revolotear al rededor de un montoncillo de basura. En aquella basura había un gatito, aquel gatito tenía

hinchado el rabito, y en la punta de el rabito fué á pararse el mosquitito.

—¡Ja, ja, ja, jal Abuela, ¿y para qué se paró, para qué?

—Para tomar armas y caballos, montar un gran ejército é ir de parte de Dios á dar al rey Herodes una batalla y derribarlo de su trono.

—Abuela: eso si que es grilla.

—Hijos míos ¿tambien vosotros sois positivistas? ¿Tambien os burlais vosotros de lo que no se toca ni se ve? Como se conoce que vuestro padre fué miliciano nacional.

—Pero, abuela, ¿cómo quiere usted que creamos que un mosquito puede llevar en el pico un ejerticico capaz de derribar á un rey?

—Y sin embargo es muchísima verdad. En el rabillo de aquel gato, hijos míos, existia una fuerza capaz de acabar no solo con Herodes, sino con la humanidad entera. ¿Vosotros habeis oido hablar del cólera, el tifus, la fiebre amarilla, la tisis, la lepra y todas esas terribles enfermedades que diezman á los hombres?

Sí, abuela.

—Pues todas esas plagas, todas esas fuerzas destructoras que trastornan las naciones, de truyen ejércitos y hasta cambian muchas veces la geografía política del mundo, no son otra cosa que bandadas de anima'íl'os tan pequeños, que un millon de ellos caben holgadamente en la punta de un alfiler.

—Pero abuela ¿de donde salen esos animales? ¿quién los ha hecho? ¿quién les comunica ese poder?

—Aquel otro de que se burlaba Herodes tentado por el de los ojos de perdiz.

¡Pobre Herodes! ¡quien habia de decirle que su teoria del mosquito y el elefante habia de salirle precisamente del revés! ¡Quien habia de decirle que las imaginaciones enfermizas de los seres débiles que consideran dependiente de lo invisible la suerte de lo que se ve, habian de haber andado más listas que él! Pero al Tetrarca de Galilea le pasaba lo que á tantos galileos que andan por el mundo arrastrando el fardo de sus miserias atado con la cadena de su incredulidad. No comprenden que, trás de esta bola gorda y redonda que se llama el mundo, hay otro mundo que no es bola del cual depende su salud, su vida, sus intereses y su felicidad. Así les luce el pelo á los desdichados.

Pero veamos el que lució á Herodes.

Tendido se hallaba otra vez en su real catre dando cada ronquido que

temblaba el orbe, cuando llegó el mosquito emisario de la divina justicia con sus armas y caballos á darle el recadito de atencion de parte del poder espi ritual.

Para ello se encaramó en una de las ventanas del palacio, penetró por una rendijilla, atravesó la real mosquitera como Pedro por su calle y sacando de debajo de una patita el violin que los mosquitos llevan siempre preparado para dar serenatas, comenzó á dar vueltas al rededor de la nariz del rey, y á cantarle esta seguidilla:

Lo pequeño y lo grande
son apariencias;
solo hay grande en el mundo
de Dios la esencia.
Tonto monarca,
que no ves una cosa
que está tan clara.

Al oír Herodes la música dió una zarpada, y se volvió del otro lado.

Pero el mosquito volvió á templar su instrumento, y cantó esta otra copla.

Herodes el Tetrarca
tiene corona,
y un anillo del César
que manda en Roma;
pero no tiene
la gracia de aquel niño
que es rey de reyes.

Sentir otra vez Herodes el zumbido del animalejo y arrimarse un bofetón de padre y muy Señor mio todo fué uno; pero se quedó con el bofetón, y no cogió al mosquito. Percances de la grandeza.

Entonces el bichillo, descendiendo hasta casi tocarle el rostro, se acercó á su oído, y le cantó esta última estrofa preñada de amenazas..

Señoron de la tierra
presuntuo o
que del cielo te burlas
haciendo el oso;
Voy á probarte
en este instante mismo
cuán poco vales.

Y cantando y haciendo se arrojó sobre la nariz del tetrarca, y le clavó en la punta su imperceptible lanceta en la que iban colocados en batalla los ejércitos de Dios.

Cinco horas despues, aquel grande hombre que se juzgaba dueño del mundo, aquel monarca poderoso ante quien temblaban millares de vasallos, se despertó sobresaltado. Las sienes le latian con violencia; su lengua seca le impedía articular palabra; la fiebre le devoraba. —Guardias!—gritó por fin haciendo un esfuerzo:—venid corriendo que no sé lo que tengo. Llamad ense-

guida á todos los médicos de la corte.

Inmediatamente llegaron los médicos, y se dirigieron á la alcoba del monarca; pero al acercarse á él retrocedieron espantados.

Su Magestad tenia cara de cochino javalí.

Las narices estaban espantosamente hinchadas; los labios se habian alargado formando un verdadero hocico; y la piel ennegrecida empezaba á agrietarse por todas partes, dando paso á un enjambre de gusanos.

—¡¡¡Señor!!! dijeron los médicos inclinándose ante aquel monstruo. Sentimos mucho afligir á Vuestra Magestad; pero Vuestra Magestad está muy grave.

—Pero ¿qué tengo?—exclamó el rey asustado.

—Una pústula maligna, señor; una terrible pústula que os ha inficionado ya toda la economia.

—¡Pústula! ¡Economía! No entiendo: esa jerga, dijo el rey.

—¡Señor! Un grano enconado.

—Hombre, y por un grano os poneis de esa manera.

—¡Ah! Señor, quien se pone es Vuestra Magestad. Mírese Vuest a Magestad al espejo; y le pusieron uno delante.

El rey se asomó al espejo, miróse y cayó desmayado.

Cuando volvió en sí eran las diez de la mañana, y todo el pueblo de Jerusalem se agolpaba á las puertas del palacio preguntando si habia muerto ya mata muchachos. Tales ganas tenían de que se muriera.

—Se le ha podrido la sangre—decian unos.

—Se le ha subido á la garganta la de los inocentes,—decian otros.

—Es que se ha envenenado con su misma saliva.

Á todo esto el rey berreando pedia á gritos que le curasen el grano enconado.

—Imposible, señor; esto no tiene cura, decian los médicos.

—¿Quién ha dicho imposible? ¡Un millon al que me cure!

Los médicos no contestaron.

—¡¡Dos millones!! dijo el rey levantando más la voz.

Los médicos siguieron en silencio.

¡¡¡Cien millones!!! gritó el rey rugiendo como una pantera.

Los médicos bajaron los ojos.

—¡¡Todo el oro que encierra mi palacio!! ¡¡Toda mi fortuna!! ¡¡Mi corona!!

¡¡El anillo imperial!!!

Los médicos no pestañearon.

Entonces Herodes comprendió su verdadera situación; levantó los ojos al cielo, prorrumpió en una horrible blasfemia y cayó muerto en la cama.

Pocas horas después estaba convertido en un montón de gusanos sobre los cuales revoloteaba un mosquillo cantando á guisa de *ritornello*.

Lo pequeño y lo grande
Son apariencias:
Solo hay grande en el mundo
De Dios la esencia.
¡Hay del *tontaine*
Que no vea esta cosa
Que está tan clara!

A. C y G.

SECCION INSTRUCTIVA

FILOSOFIA POPULAR

Atributos de Dios

Nada hay eterno sobre la tierra; y todo, tanto en las entrañas del globo como en su superficie exterior, atestiguan un principio é indica un fin. (*Nérée Boubée*).

La razón nos enseña que el centro de todo ser es su principio, y el principio de todo ser es Dios. La circunferencia de todo ser es su fin, y el fin de todo ser también es Dios.

Ante la razón y el buen sentido del género humano, si existe Dios, es creador; si es creador, es supremo legislador, y si es legislador, es juez: es todo esto, ó no existe.

Reflexionemos sobre nosotros mismos y sobre el universo, y nos convenceremos que hay en nosotros como en el universo una serie de causas y de efectos subordinados: es claro que en una sucesión de causas y de efectos ha de haber por necesidad una primera causa. Sin arquitecto no habría edificio: existe, pues, una causa primera que ha hecho el universo. Para fijar esta subordinación entre las cosas, es preciso conocer perfectamente todas sus relaciones, y tener inteligencia de todas. Un relojero, dice el célebre filósofo Esteban Bonnot de Condillac, no será capaz de formar un reloj si ignora las proporciones de una sola parte de él. El artífice que ha hecho el universo tiene necesariamente inteligencia; y así como el relojero debe abrazar todas las partes de un reloj, la inteligencia de la primera causa debe abrazar todo el universo, pues con solo haber escapado de su entendimiento una pequeña parte de él, no le hubiera sido posible ponerlo en el orden conveniente, y su obra se destruiría si una sola parte no ocupase su lugar. Por tanto, una inteligencia que todo lo abraza es infinita;

luego la inteligencia de la primera causa es infinita.

Para fabricar un soberbio paño ó no hasta la inteligencia, es preciso tener destreza y poder. Mas el poder de la primera causa es tan extenso como su inteligencia: todo lo abraza, luego es infinito. Si todo lo abraza, está en todas partes: luego es inmenso. Si esta causa es la primera, es independiente, porque si dependiese habría otra causa antes de ella. Pero como es necesario que exista una causa primera, es una consecuencia forzosa que esta misma causa ha de ser independiente. Siendo, pues, esta primera causa independiente, todopoderosa y supremamente inteligente, hace todo lo que quiere: luego es libre. No puede adquirir nuevos conocimientos, por que su inteligencia sería limitada: luego todo lo ve á la vez, lo pasado, lo presente y lo futuro. No puede mudar de resolución; por que si mudase no lo hubiera previsto todo; luego es inmutable. Síguese de su independencia que ni ha comenzado ni puede acabar. Si hubiese comenzado, dependería del que pudiese hacer cesar su existencia: luego es eterna.

Ese ser inteligente concierne el bien y el mal, juzga del mérito ó del demérito. Como libre, obra consiguiente, es decir, que ama el bien, aborrece el mal, recompensa la virtud, castiga el vicio, perdona al que se arrepiente y se corrige. El poder que lo hace todo, la inteligencia que lo ordena todo, la bondad que lo compensa, la justicia que castiga, la misericordia que perdona, se explican por un solo nombre, el de *Providencia*. pues por estos atributos provee á todo. La libertad es el resultado de la inteligencia, la omnipotencia es la inteligencia infinita abrazando la eternidad y la inmensidad, porque es preciso que Dios vea y obre en todo tiempo y en todo lugar. Estando Dios en todas partes y viéndolo todo, ha de ser inmutable; de su inteligencia y de su libertad nacen su justicia, su bondad y su misericordia; y reuniendo todos estos atributos nos formamos la idea de la *Providencia*. Tal es el orden con que concebimos los atributos de Dios.

Elias Passarell.

VARIETADES

Otro Herodes

Si Herodes personifica en la historia antigua la persecución de la inocencia, no hay duda que en la moderna hay un político

que ha heredado sus títulos. Tal es Crispi el perseguidor de la Iglesia que con inaudito descaro ha arrojado ya la máscara y se ha propuesto acabar con ella.

¡Pobre hombre! ó mejor dicho ¡pobre diablo!

Por que ahora resulta que Crispi no es simplemente un *liberal* de los que riñen contra las sotanas por instinto de raza sino un mason con una historia más negra que el revés de una sartén.

Como que en el año 1859 se entretenía en dar instrucciones para arrojar bombas explosivas de las que entonces pusieron en moda los partidarios de la *fraternidad universal*.

El periódico *La Reforma* ha publicado esas instrucciones. Una de ellas era relativa al proyecto de lanzar esas bombas entre la multitud que celebraba en Palermo las fiestas del cumpleaños del rey de las dos Sicilias. Otra es de 21 de Agosto y se referia á la confección de las bombas y modo de tirarlas con hondas para que no fuesen heridos los autores de la hazaña.

¿Qué tal?

Y el autor de estas instrucciones en vez de arrastrar un grillete es hoy presidente del consejo de ministros de Italia.

Pero así anda Italia

El *Fanfulla* liberalísimo periódico y por tanto nada sospechoso de *clericalismo* tratando sobre la gravísima situación por que atraviesa aquel país dice lo siguiente:

«Los criminales toman cada día más alas, gracias á la debilidad de las autoridades, que casi consienten toda clase de atentados... Si esto sigue así, ó tendremos que retirarnos antes de anoche, ó ir armados hasta los dientes.»

Y luego añade en otro párrafo.

«Nos hallamos en tal situación, que solo se ven protegidos los ladrones y las mujeres de mal vivir, dos interesantes clases que se dejan en plena libertad para ejercer sus respectivos oficios, bajo el pretexto de evitar todo abuso de autoridad. ¡Viva esta hermosa libertad!»

¡Viva! señor *Fanfulla* y ustedes los liberales, enemigos del papado deben estar muy satisfechos de ello. Como que ustedes fueron los que unidos á la masonería trabajaron para arrancar al papa su soberanía temporal y los que trabajan sin descanso para ayudarle á que acabe si fuese posible con la espiritual.

Y hé aquí una prueba

Dice un telegrama de Roma:

«La prensa liberal de esta capital continua la Campaña contra el Vaticano en vista de la última encíclica del papa que considera como el documento más enérgico emanado de la Santa Sede contra el orden de cosas que existen en Italia.»

Los liberales llaman *orden* á entrar por asalto en la ciudad de Roma, quitar al papa sus Estados en los que ejercía una autoridad verdaderamente paternal y entregarlos en manos de Crispi para que los administre según rito masónico.

Y véanse las consecuencias

Dice un periódico:

«No se creería si no se viese la triste condición en que se encuentran en Roma miles y miles de obreros y artistas. llamando á las puertas de los talleres, oficinas y laboratorios sin encontrar ocupación ni trabajo que les produzca un jornal con que alimentar á sus familias. Contrista el ver jóvenes robustos, padres de familia y obreros de los más hábiles, extender la mano pidiendo limosna para sí, sus mujeres é hijos; hasta se ha dado el caso de caer una señora desvanecida en la plaza de Saint Angelo, y levantada por los transeantes, saberse que estaba desfallecida de hambre. Sin embargo ni el municipio, ni el Gobierno se ocupan de otra cosa que la de la incautación de los fondos de las obras pías.»

O lo que es lo mismo de acabar de despojar á los pobres de los bienes con que la iglesia atendía á su socorro.

Es mucha la filantropía masónico liberal,

Y si no que lo digan los pobres de Francia

Con motivo de la última epidemia, dice una correspondencia de París.

«Si la enfermedad se prolongase, la Asistencia Pública se vería bien pronto obligada á solicitar la vuelta de las Hermanas á los hospitales. Los enfermos afluyen de todas partes, y, cosa atroz, en un país como el nuestro y en una población tan ricamente dotada como París, las dos terceras partes de los desgraciados que se presentan á la vista de los médicos son implacablemente rechazados y condenados á volver á sus pobres habitaciones, donde les faltan en absoluto los socorros y cuidados más indispensables.

Ya en los patios de muchos hospitales la Asistencia Pública ha hecho levantar pabellones que pueden contener un centenar de camas. Cada una de estas instalaciones cuestan 100.000 francos, comprendido el mobiliario y los aparatos de calefacción.

Si la criminal política de los jacobinos del Consejo municipal no hubiese derrochado loca é inhumanamente los

recursos del presupuesto en la bárbara y sacrilega secularización del servicio de los hospitales, la Dirección de la Asistencia Pública poseería actualmente un fondo disponible de ocho millones con el cual podría hacer frente á todas las necesidades de la población parisiense. El hecho ha sido demostrado el 28 de Diciembre último en la Asamblea municipal por el doctor Desprez, cirujano jefe y director del hospital de la Caridad.

Republicano de antigua fecha el célebre médico es hace ya largo tiempo consejero municipal. En las últimas elecciones legislativas fué nombrado diputado. Hé aquí las dolorosas declaraciones que su honradez, le ha obligado á hacer públicamente en una sesión del Consejo municipal:

1.ª Desde que se hizo laico el servicio de los hospitales los enfermos carecen de cuidados, la alimentación ha perdido en calidad, y los sirvientes de los enfermos se entregan á una culpable negligencia.

2.ª En la Caridad, los enfermos han estado diez y ocho meses sin tener gallina; se les priva de manteca, huevos y legumbres verdes.

3.ª En lugar de una Hermana religiosa que recibía 200 francos al año, con el servicio laico se necesitan tres enfermeros laicos, que cuestan 2.400 francos.

4.ª La casa Dubois, tan floreciente bajo la dirección de las Hermanas, está vacía en sus dos terceras partes desde la instalación del servicio laico; está designada como un establecimiento donde se debe tener siempre el dinero en la mano, y donde no se cuida sino gracia á las propinas dadas por los enfermos.

5.ª Antes de la laicización, en 1831, la Asistencia Pública gastaba menos de 27 millones; hoy el gasto confesado se aproxima á los 35 millones.

6.ª Para cubrir estas dilapidaciones la Asistencia Pública se ha visto obligada por primera vez á vender títulos de renta de su capital por una suma considerable.

Os señalo estas miserias porque encierran una lección de la cual pueden sacar provecho todos los países.

Y pido por mi parte que se nos lleve al antiguo régimen, tan caluminado por los historiadores asalariados por las sectas.

Francia contaba 10 millones de habitantes menos que hoy, y tenía 40.000 casas hospitalarias; esta cifra ha disminuido á 1.800. Se nos lanza á la cara

las miserias de la población de los campos en tiempo de nuestros reyes; pero, ¿qué eran aquellas miserias pasajeras, consecuencia de las guerras, de las pérdidas de las cosechas ó de terribles inviernos, comparada con la plaga permanente y cada vez mayor de nuestro pauperismo actual?»

¿Oyes, pueblo español?

Pues aprende la lección, que no es un fraile el que predica, sino un republicano que ha tocado de cerca la verdad.

Hay que desengañarse; donde no impera la caridad cristiana el pobre es tratado á puntapiés. Hechos cantan.

LECTURAS POPULARES

—(0)—

CUENTOS ARTÍCULOS Y DIÁLOGOS

DE BUEN HUMOR

de A. C. y G. director de

LA LECTURA POPULAR

TERCERA COLECCION

ILUSTRADA CON BONITAS VIÑETAS POR

D. José María Suay

PRECIO UNA PESETA.

Los pedidos acompañados de su importe á la administración de "La Semana Católica," Bolsa 10 principal.— Madrid.

NOTA.—De la colección segunda quedan ejemplares; la primera está agotada.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una acción	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Bolsa 10 y en las demás librerías católicas.

ADVERTENCIA.

No se admiten libranzas de la últimamente creadas para el pago de suscripciones.

IMP. DE LA LECTURA POPULAR.